



SOBRE LA RENOVACION

Joaquín ALMUNIA

El deseo de actualizar y renovar las ideas del socialismo democrático está animado por motivos acuciantes, y encuentra su mejor fundamento en la voluntad de dar un sesgo progresista a las transformaciones apreciables que están modificando el entorno; lo que no obsta para que en ocasiones se pueda contaminar su sentido cabal con querellas de corte personalista y muy escaso interés surgidas en la contienda partidaria. Los cambios se suceden a nuestro alrededor, y en los últimos tiempos son muchos, profundos y rápidos. Los hay de muy diversa naturaleza: geopolíticos, económicos y tecnológicos, pero también sociológicos y culturales.

Ante esa dinámica, el socialismo democrático no debiera ceder a reflejos conservadores aferrándose a lo conocido, so pena de iniciar un desfase tan irreversible como el que ya han sufrido otros proyectos más rígidos. Nunca hasta ahora cayó en ese error, sino que se ha caracterizado más bien por su capacidad para evolucionar tal como lo requerían las circunstancias de cada momento, sin convertir en fines inmutables lo que eran simples inercias heredadas del pasado. Supo cómo actuar hace más de cien años organizando el movimiento obrero y articulando después, en la posguerra, el Estado del bienestar. Si en anteriores épocas fue capaz de imaginar el futuro, el socialismo debe elaborar hoy nuevas propuestas, manteniendo la iniciativa en el te-

rreno de las ideas y el liderazgo en las capas más dinámicas de la sociedad.

También el PSOE se ha ido adaptando, entre nosotros, a las necesidades de los tiempos. No dudó en la primera mitad de los setenta en sustituir a tiempo a los viejos dirigentes del exilio dando un giro radical a su estrategia inservible. Y a finales de esa misma década acertó al aligerarse de sobrecargas ideológicas, orientando políticas y equipos hacia la obtención de apoyos sociales y votos que le aupasen al poder ejecutivo. En fin, durante los más de once años transcurridos desde el primer gobierno de Felipe González, sus logros sociales — que han sido muchos, aunque no los únicos de una etapa fecunda de gestión— no han venido de la aplicación mimética de las políticas convencionales de la socialdemocracia, sino de una estrategia propia y adecuada a las peculiaridades de nuestro país.

Los cambios y sus implicaciones políticas

La descripción de lo que está sucediendo en este final de siglo no concita demasiadas discrepancias. Dicho en pocas palabras, el capitalismo se ha quedado sin alternativa global al haber desaparecido el sistema que creía haberlo superado, y triunfa por doquier la economía de mercado. La euforia de la derecha ante tal acontecimiento la ha llevado incluso al exceso de confundir la propiedad privada con la libertad. Pero el que desde la izquierda denunciemos esto último no nos exonera de olvidar lo anterior. Ni para ignorar que, junto con las posibilidades que ofrecen los nuevos sistemas de comunicación y de organización de la producción, la expansión del mercado acelera la globalización de la economía e intensifica la competitividad entre países y entre zonas del mundo.

Más difícil es el diagnóstico sobre las implicaciones de esos cambios en las ideas y actitudes políticas. Luego me detendré en ello. Baste ahora anticipar que debido a la nueva realidad económica y geopolítica, mercado y globalización son dos conceptos que la izquierda debe aprender a conjugar con naturalidad si quiere que sus objetivos sean creíbles y viables. El socialismo está abocado, por ello, a basar sus propuestas en un contexto económico que le ha sido tradicionalmente incómodo.

De otra parte, desde mediados de los años setenta las dictaduras van desapareciendo del escenario en regiones enteras del mundo y se extienden los parlamentos elegidos por sufragio universal. Cada vez son más los pueblos que disfrutan de la libertad, pero la democracia de partidos no ha arraigado aún suficientemente ni en los antiguos países comunistas ni en los que han superado gobiernos autoritarios de carácter militar. Las tensiones nacionalistas dificultan el proceso de transi-

ción y a veces brotan con violencia a pocas decenas de kilómetros de las fronteras de la CE, que todavía no cuenta con recursos disuasorios suficientes para imponer la paz pese a su reciente conversión en Unión Europea. Las guerras, los fundamentalismos religiosos, las enormes diferencias de renta entre zonas geográficamente cercanas, provocan la reanudación de flujos migratorios que pueden cobrar en el futuro mayor envergadura, lo que ayuda al despertar de algunas reacciones xenófobas.

La cultura occidental tiende a convertirse en pauta homogeneizadora de las modas, gustos y hasta de los modos de vida, difundidos a través del incremento de los intercambios de bienes y servicios, de la mayor movilidad de la población y sobre todo de la potencia comunicadora de los medios audiovisuales. Pero emerge como contrapunto un desafío abierto desde otras culturas, al calor del auge de fundamentalismos religiosos en áreas del mundo relativamente cercanas y con una pujanza demográfica que choca con el envejecimiento tendencial de las sociedades europeas.

De otra parte, se está adquiriendo clara conciencia de la imposibilidad de sostener un ritmo fuerte de crecimiento económico extensivo en el uso de recursos naturales, aunque las respuestas supranacionales pecan todavía de timidez. También parece cada vez más urgente reforzar los códigos éticos que ordenen los posibles efectos de los avances científicos sobre la especie humana, algunos de los cuales superan ya en imaginación a la ficción de los escritores del género.

Vivimos tiempos en los que se entremezclan la esperanza y la incertidumbre, donde las viejas creencias se ven impotentes para interpretar lo que está sucediendo sin que hayan surgido todavía nuevos esquemas globales que diseñen como será el futuro que nos aguarda a la vuelta del siglo. Cuando aún están muy recientes las palabras de quien creyó poder recuperar la fé en el final de la historia, flaquea por primera vez desde hace décadas la convicción en el avance inexorable del progreso humano y empieza a debilitarse la fé en las ventajas inagotables de la ciencia y de la técnica. Sarajevo, Zhirinovski o el FIS argelino, o en otro orden de cosas algunas técnicas de ingeniería genética aplicadas a la especie humana, proyectan cada uno a su manera una sombra inquietante sobre nuestras expectativas de convivencia pacífica, que habían aumentado de forma considerable con el final de la guerra fría y la expansión de la libertad.

Una sociedad más compleja y dinámica

También han cambiado las actitudes de las personas y su modo de organizarse socialmente. Nuestra sociedad es mucho más compleja que la de hace unas pocas décadas, y se parece muy poco a aquella en

la que nacieron los propios partidos socialistas. Al aumentar la movilidad social gracias a las políticas de igualdad de oportunidades, y extenderse las clases medias urbanas, se amortigua el antagonismo entre sectores sociales. La confrontación de intereses entre trabajadores y empresarios no explica toda la rica variedad de conflictos sociales que surgen. La historia no se mueve sólo —ni siquiera principalmente— por la lucha de clases.

Las desigualdades causadas por el origen social todavía se perciben con claridad en una parte de la sociedad, pero todos los días nos enfrentamos a situaciones muy injustas que obedecen a otras causas. En el centro mismo de nuestras ciudades habita un nuevo proletariado compuesto por marginados sociales, excluidos, nuevos pobres a los que nada importa ni soluciona la lucha tradicional de los trabajadores para la defensa de sus intereses.

A su vez, las actitudes de muchos ciudadanos tienden a independizarse de su posición laboral o de su estatus social; se difumina la tradicional separación en clases y la homogeneidad ideológica de los pertenecientes a cada una de ellas, la conciencia de clase disminuye. Las personas se resisten a ser encasilladas y masificadas en grandes colectivos y se refuerzan los valores del individualismo, que no pueden juzgarse peyorativamente como simple exponente del egoísmo y la insolidaridad.

Surgen además dilemas que dividen de modo transversal a los partidos políticos tradicionales, y también a la socialdemocracia. Ser más o menos europeísta, más o menos proteccionista, más o menos nacionalista, no encaja necesariamente dentro de las ubicaciones políticas o sociológicas tradicionales. Tampoco lo hacen en ocasiones las ideas ecologistas, feministas, pacifistas, que movilizan a una parte de los electores con más intensidad que los programas convencionales. La sociedad es activa, crítica y exigente hacia el Estado, lo público no siempre es sinónimo de progresismo.

Los socialistas tenemos que ofrecer un esquema coherente de explicaciones ante todos esos cambios, e integrar las múltiples demandas que se nos dirigen —no sólo basadas en el conflicto de clase— en una perspectiva de conjunto. El proyecto político renovado del socialismo democrático debe perseguir la formulación del interés general de la sociedad; eso sí, interpretado conforme a nuestros valores y principios, a nuestra concepción de la libertad, de la igualdad, de la justicia, de la paz y de la solidaridad, sin renunciar a hacerlos realidad.

El socialismo no es neutral, ni se sitúa en absoluto al abrigo de los conflictos sociales. Su concepción de la justicia le pone siempre al lado de los débiles. Pero más que defensor estricto de una clase, quiere servir los intereses y las aspiraciones de todos aquellos que viven de su

trabajo o que aspiran a trabajar, que son la amplísima mayoría. Ya no existe el «partido obrero», aunque el socialista sea el partido de los trabajadores, en el que se sienten representados y defendidos.

Afirmación del reformismo

Además, la izquierda ha perdido en esta segunda mitad del siglo un cierto carácter profético, heredado de las propuestas de los socialistas utópicos y del propio Marx. Somos reformistas. El socialismo democrático sólo puede concebirse en mitad de los noventa como un proceso continuo de cambios y de reformas; no como final de trayecto en un hipotético paraíso.

Claro que la inexistencia del mejor de los mundos no supone en absoluto la renuncia a un mundo mejor. No hay mejor utopía que conseguir la transformación progresiva y progresista de la realidad. La sociedad debe cambiar, y en esta tarea debemos volcar nuestro considerable bagaje de experiencias y enseñanzas adquiridas al frente de los poderes públicos. Pero no queremos sustituirla por otra completamente distinta, antagónica, pues en la realidad actual reconocemos muchos logros importantes que deben ser preservados. Aspiramos a que todos puedan vivir dignamente de su trabajo, asalariado o no, y a eliminar todas las manifestaciones de dominación. Luchamos contra todo tipo de privilegio, contra las desigualdades y la discriminación.

Los retos de la izquierda

Quienes buscaban alternativas más radicales no han podido sobrevivir a la exhibición pública de lo que se escondía tras el Muro. Pero pese a la posición hegemónica que ocupa el modelo de sociedad que propugnamos, el socialismo democrático aparece a la defensiva frente a los neoliberales, los nacionalismos y las nuevas manifestaciones del pensamiento reaccionario.

Desde mediados de los años setenta, las políticas tradicionales de la socialdemocracia empiezan a encontrar dificultades para la obtención de resultados satisfactorios en el terreno del empleo y del bienestar social. La ofensiva neoliberal, con la vuelta al primer plano de una serie de valores conservadores, y el desmoronamiento del comunismo, no han encontrado una respuesta global y coherente desde el socialismo democrático. Mientras, algunos descontentos se preguntan si las viejas ideas de nación, religión o raza no les ofrecen más abrigo que los valores racionales de la modernidad.

Se oyen voces que afirman que el socialismo es una idea del pasado, cuestionando la viabilidad de los proyectos políticos que buscan

la transformación y el cambio social. Es cierto que en la mayoría de los casos proceden de la derecha ultraconservadora. Pero en ocasiones vienen desde plataformas con pretensiones modernizadoras, lo que alimenta las dudas y la confusión de sectores de la opinión pública que empiezan a pensar si no se habrán acabado las diferencias entre unos y otros.

Procede pues una tarea de clarificación de nuestro proyecto, para conectarlo con las nuevas interrogantes y renovar su discurso y sus apoyos. Habrá que hacerlo introduciendo cambios en las estrategias, en las políticas, en los aliados sociales, en los comportamientos. He hablado antes de construir nuestra oferta sobre la realidad de la globalización económica y de la hegemonía del mercado, hemos visto cómo ha cambiado la estructura social y las actitudes ciudadanas, hemos tomado nota del triunfo de las libertades pero también de los riesgos que acechan a las democracias. ¿Tenemos para cada uno de esos puntos propuestas eficaces y coherentes con nuestra razón de ser? ¿Cuáles de las diferencias tradicionales respecto de la derecha se difuminan, y qué nuevos rasgos propios caracterizan a una izquierda inteligente y moderna? Son preguntas a la que debe responder el socialismo democrático para tener éxito en su renovación.

¿Es posible hacer socialismo en el contexto de una economía de mercado?

El mercado hoy no es una opción que se toma o se deja, sino un dato con el que hay que contar. La eficiencia, el mercado, la empresa, la competitividad, tienen reglas que estamos abocados a asumir y dominar. De acuerdo con ellas, la derecha ha planteado su nueva ortodoxia neoliberal —«más mercado, menos Estado»— sin que se haya visto confrontada todavía con un nuevo planteamiento global desde la socialdemocracia.

Una política socialista no puede desconocer el mercado sino que está obligada a corregirlo y «modernizarlo», acomodando el discurso con la práctica y abandonando los elementos retóricos que todavía perduren en el lenguaje «oficial». Debe describir el modo de compaginar eficiencia económica con equidad, mercado con redistribución, empresa privada con Estado fuerte y beligerante ante la injusticia, competitividad con un nuevo contrato social, construido mediante el diálogo.

Para acometer esa tarea, hay que empezar por reconocer que el marco nacional en el que la socialdemocracia había venido desarrollando su proyecto es ahora impotente para afrontar muchos de los principales retos de nuestra época. La apertura total de fronteras y la globalización de los problemas económicos dejan ver las carencias del

Estado-nación. Ya no está al alcance de ningún país la opción de basar su desarrollo en la protección del mercado nacional, las devaluaciones correctoras de la inflación y las subvenciones a las industrias propias. Ceder a la tentación del repliegue proteccionista sobre sí mismo no valdría de nada, ni parece que esa sea una salida coherente desde la perspectiva de la izquierda.

Las estrategias empresariales y los mercados financieros se conciben y actúan a escala mundial, y se multiplica la interdependencia entre países, creándose grandes bloques comerciales. La difusión de nuevas tecnologías en regiones de reciente industrialización y bajos salarios, les permite a su vez captar inversiones y fabricar bienes con los que tratan de invadir los opulentos mercados occidentales. Ante tal exacerbación de la competitividad, las estrategias alternativas sólo pueden ser instrumentadas por instancias supranacionales, capaces de mediar entre los mercados mundiales, por un lado, y las empresas y trabajadores individuales, por otro; entre los Estados y los desafíos comunes al conjunto del planeta. Mantener a la vez el crecimiento económico y los logros sociales exige reforzar la coordinación económica a escala supranacional, lo que es un sólido argumento en favor de la Unión Europea.

La búsqueda del pleno empleo

La socialdemocracia ha liderado el proceso que situó a las democracias occidentales a la cabeza del *ranking* de los países socialmente avanzados. Sus políticas lograron mayor justicia social, la profundización de la democracia, la atención a los oprimidos y a los excluidos; confiaban más en la actuación del Estado, eran más redistributivas. En los países que no han tenido gobiernos socialdemócratas hay menos bienestar social, las desigualdades son mayores, no se han aprovechado las enormes posibilidades de la democracia para crear una sociedad más justa.

Pero desde hace veinte años, hay políticas socialdemócratas «buenas», que favorecen la justicia social sin poner en peligro la eficacia económica, y otras que sí la comprometen, reduciendo el potencial de crecimiento, agravando el paro y conduciendo en un plazo relativamente corto a un plan de austeridad. No sólo hay que mirar por encima de las fronteras nacionales; también hay que comprender que los mecanismos tradicionales por los que se generaba el crecimiento económico ya no funcionan, pues se ha quebrado el paradigma en el que éste se venía sustentando desde la posguerra. Las políticas de corte keynesiano son incapaces de alcanzar en un sólo país el pleno empleo en equilibrio, en condiciones durables y sostenibles.

Hoy se necesita un crecimiento del PIB comunitario del 2,5% para que el paro no aumente, y habría que crear 15 millones de empleos ne-

tos de aquí al año 2000 para reducir a la mitad el actual porcentaje de paro de los «doce», colocándolo en los niveles actuales de los EE.UU. En España, debiéramos alcanzar nuestro ritmo de crecimiento potencial —entre el 3 y 3,5%— para reducir paro en los próximos años.

Hay pues que crecer, pero de forma estable, generando más ahorro interno y siendo más competitivos. Dicho de otro modo, se trata de seguir una política macroeconómica «ortodoxa», que prime la inversión y la exportación, a través de la consecución de menores tasas de inflación, y reduzca los niveles actuales de los déficits públicos. Ello ayudará a mantener tipos de cambio realistas y tipos de interés lo más bajos posibles, facilitando la aproximación hacia la moneda europea única. Habrá también que aconsejar a los agentes sociales una política de rentas que prevea su crecimiento moderado. Y sólo una actuación coordinada a escala de toda Europa, como la sugerida en el «Libro Blanco», será capaz de sortear los límites existentes a escala nacional.

Más aún, no basta con un crecimiento estable y sostenido, sino que además hay que aumentar su carácter intensivo en empleo. Por ello se requieren una serie de medidas de reforma estructural, por el lado de la oferta. Estamos compelidos a reducir el crecimiento de nuestros costes laborales, salariales y no salariales, de modo que no se sigan acortando distancias tan rápidamente respecto de nuestros competidores, tanto respecto de los países más avanzados como por relación a los de reciente industrialización. El funcionamiento del mercado de trabajo debe ser lo suficientemente flexible, y las estrategias de reparto del trabajo no pueden comprometer la competitividad, por lo que deben ser concebidas bajo esa restricción. Es fácil comprender la dimensión del esfuerzo que todo ello lleva implícito y lo deseable que sería contar con el diálogo social como vía de reparto de sacrificios y minimación de los costes sociales que pueda acarrear el proceso de ajuste.

El Estado del bienestar: crisis y respuestas socialistas

El alejamiento del pleno empleo supone una quiebra importante del modelo del Estado del bienestar. La recesión económica y algunos problemas estructurales están limitando seriamente la capacidad de ofrecer a cada ciudadano un puesto de trabajo digno. Los efectos del desempleo no son sólo sociales, sino también económicos: la existencia de un número elevado de parados de larga duración tiene como consecuencia la aparición de un déficit público de carácter estructural, que alimenta la denominada «crisis fiscal del Estado».

Al mismo tiempo, se ha ido limitando la capacidad redistributiva de los impuestos, pues la libertad de circulación de capitales y en general los procesos de integración supranacional generan presiones hacia una

menor progresividad fiscal. Cuesta corregir esa tendencia por el lado de los gastos, al estrecharse el margen de financiación de los sistemas de protección social; a corto plazo, por el aumento del desempleo, y a largo por la evolución demográfica. Por último, la provisión por el Estado de los principales bienes y servicios públicos ha empezado a cuestionarse, al surgir dudas acerca de la eficiencia de la burocracia para prestarlos a un coste razonable y con la calidad demandada.

De la crisis económica del Estado del bienestar deriva también una crisis social. El conflicto entre las aspiraciones sociales y eficacia de las políticas económicas ha erosionado la confianza en el modelo. La imposibilidad de aunar crecimiento económico, pleno empleo y redistribución ha producido la quiebra del pacto social en el que aquél descansaba, restando apoyo sindical a la socialdemocracia y abriendo camino a nuevas mayorías de orientación conservadora.

El hecho de que nadie obtenga en estos momentos apoyos suficientes en favor de un modelo de Estado alternativo no quita para que las políticas públicas típicas de los Estados del bienestar deban cambiar y adaptarse a la nueva situación. No hay que apostar por un Estado mínimo, como los neoliberales, pero sí por un Estado mejor. Hay que tomar conciencia de los límites y de los riesgos del Estado.

Los límites vienen fijados por la globalización de los mercados y por la crisis de las políticas keynesianas; las estrategias económicas expansivas sólo son posibles a escala supranacional, europea en nuestro caso. También hay que aportar respuestas ante los problemas estructurales —envejecimiento demográfico, paro de larga duración, calidad y costes de la provisión de los servicios— que condicionan la capacidad de garantizar a medio y largo plazo los derechos adquiridos por los ciudadanos.

Los riesgos estriban, a mi juicio, en la posibilidad de que se quiebren seriamente los apoyos sociales y electorales en que se funda el Estado del bienestar. En una sociedad donde predominan las clases medias no es posible imaginar que su esfuerzo como contribuyentes sea correspondido con un severo recorte de los servicios que reciben del sector público. Y una vez que la universalización de la sanidad, la educación o los servicios sociales forman parte de la cultura ciudadana, no hay razón para prever que una mayoría de electores vayan a renunciar voluntariamente a sus derechos. Desde una lectura progresista de la idea de igualdad, tal decisión no sería tampoco deseable. Pero al mismo tiempo, los sistemas de protección social no pueden ofrecer prestaciones desprovistas de contrapartidas de financiación a largo plazo, los subsidios no deben desincentivar la voluntad de integración en la vida activa de sus beneficiarios, y los servicios universales no tienen por qué ser provistos con carácter gratuito en cualquier circunstancia. El equilibrio entre la atención de los derechos de todos

y las consideraciones de eficiencia y suficiencia económica debe ser preservado.

En definitiva, se trata de saber qué es lo que debe hacer —y sabe hacer— el Estado, y cómo debe hacerlo. A través de su actuación, el Estado del bienestar debe afrontar el conflicto entre demandas sociales y condicionantes económicos. No es posible garantizar la equidad sin alcanzar un grado satisfactorio de eficacia económica, pero también es cierto que la modernización y la eficacia deben procurarse teniendo bien presentes los objetivos de protección y de justificación social.

La apertura hacia la sociedad

La izquierda, en nuestro caso el PSOE, no puede hacer su renovación de espaldas a la sociedad, sería estúpido. La razón de ser de un partido es, por encima de todo, su labor de mediación entre el Estado y la sociedad. Nuestras prioridades, nuestras preocupaciones, debemos recogerlas de la sociedad.

Hay que huir de toda tentación vanguardista, de control, en la conexión entre la política y los movimientos sociales. Incluso alguien ha llegado a hablar de la necesidad de «ceder poder desde la clase política hacia la sociedad», pues los partidos deben ser un cauce de expresión de la sociedad, y no un instrumento de dominación sobre aquélla.

Conviene analizar, además, nuevas formas de comunicación acordes con la sociedad de finales de siglo, adecuando los mecanismos de conexión entre política y sociedad a un entorno donde la información a través de los medios es extraordinariamente abundante y abrumadora, pero también muchas veces confusa, e incluso sesgada e interesada. La sensación de alejamiento entre representantes y representados, entre políticos y ciudadanos de a pié, es imposible que se desvanezca sin que una parte relevante de los flujos de comunicación en ambos sentidos pase a través de la pantalla del televisor o de la emisora de radio; no hay reforma electoral capaz de suplir ese tránsito obligado.

Democracia de partidos, democracia en los partidos

Como se deriva del análisis realizado más arriba, los desafíos del futuro son también de naturaleza estrictamente política. Recorre Europa un proceso de desafección de los ciudadanos respecto de las políticas tradicionales, los partidos y sus representantes. Parece como si la democracia, falta de alternativas, se volviese más exigente consigo misma. Los partidos políticos atraviesan una fase crítica en cuanto a su imagen social, muchos ciudadanos piensan que su acción se mueve

más por la defensa de intereses particulares que por la búsqueda del interés general desde su peculiar perspectiva ideológica.

Joaquín Almunia

La difuminación de los rasgos ideológicos viene a sumarse al escepticismo y a las críticas producidas por los escándalos como consecuencia de los casos de corrupción ligados a su financiación. Se denuncia su alejamiento de las preocupaciones reales de los electores, su funcionamiento poco transparente y las carencias de sus mecanismos de democracia interna.

Las organizaciones de izquierda —en parte por el hundimiento comunista y en parte por errores propios— están en riesgo de perder la indiscutible primacía sobre la derecha en el terreno de la credibilidad ética. Pero precisamente por la pérdida de perfiles fuertes de las alternativas políticas tradicionales, se debe reforzar esa dimensión ética, situándola en un lugar preeminente. Los principios que deben caracterizar los comportamientos públicos —la austeridad, la honradez, la transparencia, la participación— han de contribuir a devolver a la política su dimensión pedagógica, su conexión con unos valores no sujetos a los vaivenes de la coyuntura ni a los cambios en el entorno, valores que los ciudadanos perciben hoy con dificultad.

Revalorizar la vida de los partidos y de las instituciones es una tarea inaplazable. La democracia de partidos exige la democracia en los partidos. La democracia no es posible sin la existencia de los partidos, pero determinados «vicios» partidistas perjudican la salud democrática. En una sociedad plural, madura, formada por individuos autónomos, el instrumento partidario debe ser capaz de convivir y de albergar a esa pluralidad, a través de la democracia interna.

A modo de conclusión

El socialismo democrático tiene que ofrecer respuestas en muchos frentes, y ninguna de ellas puede esperar. La opinión pública intuye que la recuperación de la economía y del empleo no será posible si se recurre sólo a los instrumentos tradicionales de la política económica, pues los problemas tienen carácter estructural, pero no perciben todavía en la izquierda una propuesta global que sustituya a las viejas recetas y se contraponga al discurso neoliberal, tan ineficaz en lo social como arbitrario en lo económico.

Además, la búsqueda de esas respuestas no está ya al alcance de un sólo país ni puede consistir en la satisfacción de las reivindicaciones de una parte de la sociedad en detrimento de la otra. La tarea que tenemos por delante es de dimensión supranacional —y más precisamente, en nuestro caso, europea— y debe a su vez comprometer al conjunto de la sociedad, pues a toda ella trata de beneficiar. De ahí que exija un

gran esfuerzo de explicación y de articulación política. Pues si es cierto que el mercado no puede ser sustituido en la asignación de recursos, la movilización social capaz de corresponsabilizar a millones de ciudadanos autónomos y de establecer canales de coordinación por encima de las fronteras nacionales exige liderazgo político, credibilidad de las instituciones y de los partidos, vitalidad democrática. Y en esa nueva frontera, quienes prefieren trabajar por el progreso antes que resignarse a convivir con el presente quieren contar también con el socialismo democrático, que está obligado a no faltar a la cita.

